

Poemas de Adalgiza Charria

Adalgiza Charria Quinte, nacida en Cali, es abogada y comunicadora social con reconocimientos en el ámbito periodístico, que incluyen: Premio Simón Bolívar, India Catalina, Bonilla Aragón, Primer Puesto Mujeres Documentales (España), Mención de honor *Semana- Petrobras*. Tiene dos libros de poesía en ciernes: *Umbral de viento y barro* y *Reportaje a la sombra*. Sus poemas han sido publicados en varias antologías, entre otras, *Poesía Colombiana del Siglo XX escrita por Mujeres* (Apidama Ediciones); *Vuelos de Libertad*; *La poesía al corazón de la Tierra*; II Encuentro Internacional Mujeres Poetas País de las Nubes; *Travesía en Azul*; y *Cauca: Antología de Cosecha Local*. Sus versos aparecen con frecuencia en la publicación anual *Agenda Mujer* (Fundación Mujer Arte y Vida, MAVI) de la cual es coeditora desde hace 20 años. Es integrante de la tertulia poética Encuentros de Abril y participa de los encuentros de mujeres poetas del Museo Rayo en Roldanillo.



Viajes de regreso**I**

Ángel de los patios
 de mi infancia,
 no permitas que el olvido
 extinga tu certeza
 de naranja y miedo,
 no dejes que regrese
 con las manos vacías,
 que me venza el silencio,
 no escuches mi artificio,
 la canción de mis fugas.
 Revélame el secreto de las sombras.
 Permíteme entrar en la memoria
 con los pies descalzos,
 acallando el tropel
 del corazón,
 sosteniendo el aliento,
 el relámpago de tiempo
 que devuelva de la
 vastedad de los instantes
 un gesto, un instante,
 la trivial llovizna
 cayendo en una mañana mansa
 ...y tirarme a llorar,
 devastada por esa belleza.

II

Vuelvo a lo que de niña prometí,
 a esa ventana que daba al patio de piedra y torcaza
 que me enseñó la espera y el silencio.
 Vuelvo a oír cantar los sapos,
 a las noches calientes que cuajaron mis lunas,
 a las manos enormes de mi abuela Epifania.
 Regreso con mis algarabías y con mis
 muchedumbres.
 La naranja dormida en los labios.
 El sollozo de esa soledad.
 Regreso sin jamás haber partido.

Sirena en Anticuario

Sirena, proa de navío,
 muchachita de mar y de distancias,
 los caminos del viento en tu melena
 ya no reconocen tu soledad.
 Ya nadie recuerda la oración
 que alguien susurró cuando emprendiste abismos.
 Tus ojos perpetuamente abiertos, siderales,
 se acostumbraron a los fondos
 monstruosos de los mares abiertos.
 Yo acaricio tu lomo de vientos
 en este recinto de nostalgias
 y me subo a tu olvido
 con piedad bucanera.

La revelación de los encuentros

Los encuentros
 son la única tierra firme.
 Nada más en la bruma.
 Mirar y ser mirado
 por unas manos,
 un líquen, un olvido,
 o por la mariposa.

Mi ángel de la guarda

Tal vez mi ángel de la guarda
 tenga tratos con el ángel de la Magdalena,
 quizá intercambie recetas
 en las escalinatas de Alejandría
 o en el puente donde lapidaron a la hereje.
 Presumo que conoce la cicuta en la noche de
 Sócrates,
 los astrolabios de Hipatia,
 las lagunas de la madre Bachué.
 Seguro ha desatado una razón gozosa,
 se tiende en la playa
 y comparte su almohada en noches de naufragios.
 Es posible que sea su muchedumbre
 la que olfatea mis manos,
 empuja el violeta en los cristales
 y hace que canten mis sabanas sin razón alguna.

Sé que me mira el paisaje
 que el río acompaña mi aliento

-autismo de infancia-
 pero jamás sabré
 qué piensa de mí la tarde,
 con qué argumentos
 me defiende el viento,
 cómo los pájaros
 nombran mis ausencias,
 cómo le duele al gualanday
 el rayo que partió la noche.

Siendo Mujer

No tiene patria mi acontecimiento,
 no me sirve este alfabeto de capturas.
 Cruzo el desierto sin mapa ni destino,
 Contradictoria,
 Imprecisa,
 Provisional.
 Reinvento este cuerpo que talla en los espejos
 la voz en esta lengua que evadió
 el yo deseo y dispongo y nombro,
 el linaje que negaron las estatuas,
 las culpas con que bordaron las almohadas.
 Nómada,
 híbrida,
 mutante,
 he ido a la derrota con los ojos abiertos,
 a sabiendas de la condena de mi genealogía,
 la cicatriz de nacimiento.
 He ido vacilante a la tinta estremecida
 para saber quién soy,
 y a orillas del camino
 a los ojos de todos,
 mezo en los alambres
 la talla de mi noche,
 el carácter de mis velas,
 el término de mis vientos.
 En los alambres, tendidos,
 encuentra su destino
 la naturaleza de mis sueños.
 Sin país, sin lengua, sin diosas,
 en los naufragios
 cruzo el día ...
 pero estoy en casa
 y el júbilo es la matría.

Ésta que se pregunta
 Ésta que se pregunta, que camina y tropieza,
 tan esdrújula, tan grave, tan superficial de
 entendimiento,
 tan extraviada de su adónde, tan excesiva,
 protegida del sol,
 cazadora de umbrales,
 emocional, tan agua, tan caverna...
 la que ve marchitarse los espejos
 colapsada de luz,
 nube que pasa...
 la chamana, la frívola, la afónica,
 la que evoca todas las direcciones del viento
 y va tejiéndole lunas al silencio.
 Ésta que confunde su quién y su pregunta,
 la que sabe y no responde
 y acaricia al gato y huye hacia su siempre.
 La que con café caliente espanta los rincones
 y camina descalza e inventa su deseo, su desnudez,
 su origen...
 sabe que cualquier destino es bueno
 en la intemperie de sus días.

Sin dar explicaciones

No sé cómo explicar a aquella niña
 que esperaba detrás de las puertas
 que el tiempo no doliera,
 que el miedo se escapara,
 que el ratón no saliera.
 Poco sé de aquella adolescente
 que se perdía en las calles dejándose llevar
 por las botellas despizadas de las tapias
 y se iba con las nubes y el viento
 hacia ninguna parte.
 Apenas puedo atestiguar
 con tres pequeñas cicatrices
 el paso de un tiempo de cincel
 que la hizo picapleitos, escribana,
 militante, pacifista radical de su iracundia.
 No puedo sustentarlas,
 ni dar explicaciones,
 no hay en ellas una línea general que las motive.

Solo ese rumor que desde lejos

desde el mar oculto de su noche
 le sostiene el pecho
 tiempos devorados de sal y piedra
 que le empujan los ojos
 y la llevan siempre a la misma tonada
 al mismo abismo.

Xxxxx

Una mujer me busca en los espejos,
 mira mi soledad cuando te vas de casa,
 su umbral y su pregunta y tanto.
 Es ella la que entiende el rumor entre los cuadros,
 la complicidad del patio con los gatos.
 Toca mis sábanas,
 revuelca los cajones,
 insiste en el café y en el tabaco,
 en las notas ocultas del geranio.
 Sabe mi sed, conoce el barro,
 la sabia azul del sueño,
 mi entre tanto.
 Me consuela de pronto
 como hermana mayor,
 toca mi frente
 y me lanza al destino
 de las sobrevivientes.

Herencia

No esperes que cargue
 tu herencia de muñecas rotas,
 tu espejo de terciopelo,
 la canción con que nombras mis lunas.
 No esperes que te crea, fabularia,
 madre azul
 asaltada,
 saqueada
 una y mil veces
 por todos mis naufragios

Papá

Tengo tu nariz y el temblor de tus manos
 después de la quinta copa de aguardiente.
 Heredé tu desorden, tu desgobierno
 la voz intensa desde el pecho
 y estas ganas imperiosas de huir
 tras una vieja niebla de nostalgias.
 Recibí una barca,
 un bolero,
 una luna
 sin otro destino que la profunda noche
 y su ronda de palmas.
 Por ti el valle abierto y la brisa.
 Por ti el abismo
 al que ahora,
 marinero en tierra,
 loco tu timonel,
 delirantes las velas,
 transitas sin saber
 si es prisión o libertad tu olvido.
 Vos que solo querías ser poeta,
 cuidar de la alegría,
 contestar siempre presente
 y amar un amor que, esquivo,
 se esfumó en los múltiples
 puertos de tu noche.
 El vacío de tu vendaval
 lo heredó mi ventana,
 la soledad azul de la bohemia,
 la letra lenta en tu canción.
 Y ese llanto que te produce la belleza
 de un verso, una tonada
 o el recuerdo de tus propias manos
 huérfanas hoy de tus derroches.
 Estás viejo,
 pero, como yo, no te das cuenta
 y sólo nos salva el delirio
 y la poesía.

A mamá

No te vayas ahora que tengo en mí
 tus gestos,
 tu derrota,
 tu canto atropellado.
 Ahora que naces en mis manos
 y puedo sollozar desde tu historia.
 Ahora que celebro tu piel,
 nuestro encuentro silente
 y el fastidio que siento
 por tu caja de dientes.
 No te vayas ahora, mamá,
 cuando sé que entiendes
 mi torpe amor,
 mi reclamo de luna,
 y me dices mi niña.

La tumba

Poder acomodar la propia tumba,
 poner en ella los encuentros,
 las risas que hicieron anchos nuestros cielos,
 la herida del papel, su luz de loto,
 el amor que talló las mañanas,
 que tuvo rostros ciertos
 y una bruma...
 Poner en ella los collares,
 las piedras, las caracolas del camino,
 una cuenca de agua para el viaje
 de lluvia o de tormenta, el propio espejo,
 dos materitas de romero.
 Acomodar la almohada,
 tantear la luz,
 el gesto sobre el sol,
 ir tranquila al olvido.

20. Sin título

Una y otra vez hurgo mis senos,
 mi vientre extenso,
 nido despavorido,
 vano ciclo de lunas.
 Nadie llora en las noches,
 ningún gesto repetirá mis gestos.

No fui convocada a poblar la tierra,
 se defendió un hijo de mi espejo,
 la estirpe de distancias en mis constelaciones.
 Las madres se salvaron de esta naturaleza
 Taciturna,
 Infecunda,
 Falaz,
 que se ha negado
 a parir una canción de cuna.

28. Cerros tutelares

*A las mujeres que se refugian en la locura,
 una historia del alto Naya*

Dicen que todos los días caminaba dos horas,
 muchacha, maestra de trenzas mestizas,
 que en palabras pintaba la ventana infantil de los
 pequeños,
 charco, llovizna, camino, cordillera,
 que sin falta celebraba el Naya, los portales de
 vientos y de cielos.
 Dicen que cuando todo pasó, el tropel, la caterva,
 las fauces de las fieras,
 se echó a correr despavorida, herida de vergüenza,
 loca.
 Cuentan que corre aún en las montañas,
 que persigue la noche de sus niños,
 que quiere sosegar las vocales iniciales,
 aguacero, escalofrío, indolencia, oprobio,
 usurpación.
 Perturba el farallón su huida y los árboles sangran
 de impotencia.
 Esos son nuestros cerros tutelares.

29. El Café de Roldanillo

Nadie fue al Volga,
 nadie ha visto el Volga,
 y sin embargo el Volga
 está en la plaza del pueblo
 diagonal a la iglesia
 al frente de los ébanos y las acacias.

Allí Marina sirve tintos

y oye a Chavela Vargas
 sin ningún arrabal sobre su noche.
 Papero acomoda los tacos,
 sacude los billares,
 silba en su trapo rojo
 carnavales de diversión y pena.
 Allí también llegó el invierno,
 todas las añoranzas
 sobre la guapería
 jubilaron puñales
 y sólo Víctor
 en acetatos de 45
 dignifica de tangos
 esa herida,
 que a la vista de todos
 en la plaza
 sacrifica muchachas
 con ojos de tomillo.
 Suena la aguja gastada
 con el viejo Volga
 y todo es río y vals
 en este día especial:
 subió el tinto a 500
 y Marina, me lo ha dicho,
 quiere ser poeta.

49. Nosotras

Nosotras las hiperbólicas,
 las de los pájaros chocando contra los cristales,
 las voraces de luces y de sombras,
 las que entramos y salimos de los días
 susurrando escapes,
 las que astillamos los amaneceres
 y aprendemos a mirarnos en los gatos,
 las que no somos mejores ni peores,
 las que gritamos no disparen
 y encendemos altares en umbrales de vientos,
 las que en otros cuerpos reconocemos
 el torbellino añil de nuestros huesos,
 las que lloramos con las cebollas
 y sabemos que no habrá ninguna gloria.
 Solo necesitamos que se ensanchen los espejos,
 el ojo de la aguja, la tinta de la fantasía
 que estamos a plena travesía

recorriendo los sueños
 como lobas, como cigarras.

79. Hoja en Blanco

Tal vez porque siempre
 te he llegado en tempestad,
 buscando
 auxilio,
 arrimo
 en la urgencia de las inundaciones,
 corriendo bártulos,
 resguardando cuadros,
 destapando sifones
 y tal vez porque me mezclé con el granizo
 y las hojas caídas,
 y los truenos avivaron las calles recorridas,
 las rondas de mis propios remolinos
 -hoja atormentada-
 siempre tienes una nitidez de lluvia,
 un estremecimiento de aguacero
 una transparencia que da miedo.

80. Xxxxx

Tuve que remontar
 el río detenido de mi infancia
 para saber que estabas,
 sol taciturno,
 aguardándome
 desde la otra orilla.

83. La ceremonia de los días

Un café caliente para espantar las sombras,
 para que la danza de la libélula
 entre en la arena del día
 y constate que en estas horas triviales,
 al borde de cualquier rutina,
 la ceremonia espera a la oficiante
 en el efímero oficio
 de bordar el tiempo,
 en el gusto de los sueños posibles,
 en la mesa tendida con lo que hay en casa,

en el riesgo de ir siendo,
 conjugando presentes,
 ampliando instantes,
 deviniendo en azul o en nudo ciego.
 Permite que resbale por tu lomo,
 día ordinario
 con las modestas flores de mis ceremonias,
 doblando sábanas, rasgando ventanas,
 iluminando rincones,
 aceptando la revelación de cada encuentro.

84. Vino

Abrir el vino
 evocar su terruño,
 la sed que estresó su cepa
 y le extrajo su entraña:
 Sudáfrica, Mendoza, California.
 Oxigenar la acidez violácea de sus tintas,
 presentir su intensidad,
 excitar la memoria que desde los primeros caldos
 de Noé.
 Afina las papilas
 dar el primer sorbo,
 que no será el mejor,
 fermentar el deseo,
 que no alcanzará la ebriedad de la lluvia,
 alargar el final
 de sol y noche y viento,
 la profundidad del júbilo o del llanto,
 naturaleza viva
 en nuestro pecho abierto.

85. Mis cuadernos

Recibo tus pies descalzos
 en el trigo sereno de mis hojas.
 Tocas, palpitante, la piel de mi solapa,
 mi espesura.
 Volteo por la casa, náufraga de tus olvidos,
 duermo bajo tu lámpara,
 aúllo en las auroras
 y regresas una y otra vez a mi vientre
 con el tuyo encendido
 por el vicio de atrapar instantes,
 verdades balbucientes, desmemorias.
 Estoy en la ventana rasgada de tu infancia,
 en la estantería de tus amores,
 en el ardor de tu intemperie.
 Vuelo en tus mochilas viejas,
 hueles mi entraña,
 devoras mis apuntes,
 me adornas con tus huellas de gata
 y sé que es a mí
 a quien salvarás de los exilios.